

La máquina y la fábrica: el invento de una nueva naturaleza

CARLOS FERNANDO ALVARADO DUQUE¹

1. Exordio

Una pregunta legítima, pensaba Heidegger, es una pregunta que no encuentra nunca una respuesta satisfactoria. Por eso, pensar en la invención del mundo, en cómo se produce la experiencia que habita el hombre, sigue siendo un territorio legítimo que auscultar. Y por eso es imposible dejar de apreciar el texto de François Dagognet: *La invención de nuestro mundo. La industria: ¿por qué y cómo?* como la búsqueda de una respuesta para la invención del mundo a partir de los márgenes. Digamos que su gesto parece de inversión, un gesto que pretende pensar la productividad del mundo desde los lugares no solo propicios a la crítica, sino de desprecio por la égida platónica que piensa la realidad desde trascendencias: “Los filósofos (...) no consideran la industria como creadora o demiúrgica en su funcionamiento; le reprochan incluso destruir el mundo” (Dagognet, 1995, p.

¹ Comunicador Social y Periodista. Profesor del Núcleo de Formación Básica y Disciplinar de la Escuela de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales. Correo electrónico: cfalvarado@umanizales.edu.co

Prolegómeno al pensamiento de François Dagognet

96). Esperamos, con este comentario sobre la fabricación (y sus modulaciones), dar relieve al trabajo de este singular pensador de la anti-naturaleza.

2. Cavilaciones

Pareciera que toda la preocupación, de nuestro pensador, sobre la industria y, al



de la mano, mientras que el artefacto ya no se inspira en nuestro cuerpo y se compromete en acciones que lo rebasan (...)” (1995, p. 53). ¿Qué pasaría si el motor del mundo, pensando en la preocupación griega por encontrar un primer principio, fuera la invención desde la producción técnica y no, simplemente, un *logos* metafísico que sostiene el hacer del hombre? De entrada un presupuesto de esta naturaleza rasga con el modo occidental de ver la realidad. Basta pensar el miedo profundo al cuerpo, su ocultamiento a favor de un alma inmortal que nos ha acompañado ya hace varios siglos.

Por otra parte, la resistencia, como el mismo Dagognet la describe, aparece desde los discursos ecológicos que ven en la industria una perversión de la naturaleza o en el pensamiento fisiocrático que comprende la producción como una deformación del Ser, una mutación no deseada de lo natural que desemboca en un consumo desmedido, en un mundo de excesos. Atreverse a pensar la industria, sin caer en la fácil pose del crítico que ve al artificio como corruptor de valores, es ya un gesto de trasgresión, tan trasgresor como la industria que multiplica el mundo y amplifica lo pequeño definiendo una nueva naturaleza: “(...) la fábrica moderna crea un mundo que sustituye ventajosamente el nuestro; ella también se caracteriza por la emergencia de un más a partir de un casi nada o, en todo caso, de un menos” (Dagognet, 1995, p. 50).

Y es que en la discusión de este pensador subyace un intento por dudar de la idea de que la industria, la productividad que transforma la materia prima, que ejerce una profana transubstanciación de la materia, se opongan a la naturaleza. Pensar la agricultura como el origen de la industria, indica una prolongación,

mismo tiempo, sobre las máquinas que reemplazan a los instrumentos, a los utensilios como extensiones del cuerpo, invirtiera el mundo de las ideas platónico y, con cierto tono hereje, se posara en el mundo sensible donde la industria produce: “(...) distinguimos claramente la máquina de la herramienta que solamente copia el gesto del hombre, el

una naturaleza que, en última instancia, es un nuevo producto de la técnica. De ahí su preocupación por describir cómo la máquina supera al cuerpo en tanto permite una productividad que desdibuja el impulso limitado de cada sujeto; él sugiere una nueva forma de entender al hombre.

No es gratuito que Dagognet piense la industria como un lugar para la construcción social colectiva, pues, en esa medida, aquella es un gesto moderno que supone un gran público, no una producción individualizante. Igualmente, no es fortuito que ponga de relieve que la fábrica (objeto de la industria) ya no desecha productos sino estrategias (en una diatriba contra la masificación que anticipa una estrategia de la solidaridad). El hombre, en consecuencia, no puede ser sino pensado en términos de una cohesión colectiva:

Por todas partes asistimos a la extensión de [una] neo-concepción: raramente el responsable es el que se creía. Se instalan ‘frenos’ en todas las encrucijadas de la ciudad. Se ha visto demasiado en el derecho una máquina reaccional y defensiva de los intereses, cuando no un medio que sostiene a los fuertes contra los débiles. Se levanta una legislación más prospectiva y más dirigida hacia un fin positivo, la desecación de las desgracias [...]. La fábrica nos parecer el crisol donde se forja una nueva solidaridad, otra sociedad. ¡No es la primera vez que el diablo debe convertirse en ermita (ya no para engañar sino para tratar de desaparecer)! (Dagognet, 1989, p. 112).

En el territorio estético (sugiere expresamente el mismo Dagognet), la

industria, desconectada de muchas interpretaciones, como por ejemplo la de la economía política, se convierte en un discurso sobre la invención. Es un hacer que no solamente produce objetos, porque no da vida únicamente a productos, sino a la misma definición de lo humano y al mundo que la humanidad habita. Desde cambiar sus hábitos de vida hasta sus formas de reglar sus agrupaciones, la industria crea dimensiones materiales e inmateriales: “(...) la máquina no está limitada en sus efectos, no se limita a la sola potencia; penetra en todos los dominios, comprendidos los más humanos o los más espirituales a las que revoluciona” (Dagognet, 1995, p. 64). El paisaje, modelo de un arte clasicista se quiebra en manos del artista-industrial que ya no tiene un lienzo ante sí, sino un mundo de perpetuo artificio prolongado en la exterioridad de cualquier museo. No puede olvidarse el modo explícito con que el autor plantea el ascenso de lo sublime en la era industrial. Un esfuerzo que desborda la mano y rinde tributo a la máquina.

(...) los artistas contemporáneos no han dejado de apoyarse, con miras a su celebración, en lo que facilitaba su misión (redentora): en general han optado por los fondos orgánicos, más bien que por las tramas industriales, las metalurgias o las mecánicas. Antes de escoger preferencialmente lo celular o laminoso, propios de lo orgánico, ellos iban a priorizar las sustancias blandas, las flexibles, las expansivas, las plegadas, las impresionables, las desbordantes, las ambiguas, las inestables, las flojas, etcétera (Dagognet, 1997, p. 39).

Dagognet comienza y termina su trabajo dando forma a un *objeto filosófico*, y exaltando el *yo puedo* y la poesía como producción (conceptos tomados de la obra de Valéry [1990]): “(...) el artista es el hombre no del ser sino del hacer (*poiein*), el poeta. Cuando nos asegura que es visitado por la Musa, es con el fin de ocultarnos mejor los logros de su técnica constructiva y deslumbramos con el solo resultado de su musicalidad” (Dagognet, 1995 p. 118). El resultado es un hombre que pasa del pensar contemplativo, como base de lo humano, al reconocimiento de que su propio devenir depende de la articulación con técnicas hiper-productoras.

Se trata básicamente de pensar al hombre en otra clave, una clave tan oscura porque se esconde en las superficies del mundo, en un lugar tan evidente que ignoramos a diario. La máquina habita con nosotros y no sospechamos que ha devenido ancestralmente como paradigma de lo humano. “El universo fabril puede ser definido como el que decide sobre el paisaje urbano; también lo llamamos un objeto filosófico porque él condiciona el conjunto en perpetua recomposición” (Dagognet, 1995, p. 7). Y, en esa medida, este nuevo objeto de estudio, este objeto filosófico se reconoce como un plano diferente al de sus productos, da cuerpo a las mercancías, pero es más que ellas, es una entidad que propicia, que mantiene el ciclo perpetuo de la invención abierta y permite un mundo de redes e interacciones.

3. Corolario

Para terminar, Dagognet hace lo que podríamos denominar un giro copernicano hacia el mundo material.

Pero ese giro es una vitalización, una comprensión más profunda de la técnica, como un reconocimiento de la naturaleza mutada por la máquina y de la experiencia de la fábrica como una nueva religión para el hombre. La productividad hace al mundo del hombre, se es (en tanto ser) un efecto de su movimiento. Idea que genera fuertes resonancias con la visión paleontológica de André Leroi-Gourhan: “(...) una humanidad [en la cual] la distinción entre el ‘homo faber’ y el ‘homo sapiens’ asegura cómodamente una distancia hacia la imprecisión de los valores generales” (2001, p.17). Es decir, parafraseando al autor, como polarizaciones entre palabra y existencia material, entre humanidad y técnica. ¿Será que las máquinas son ahora las que nos piensan?

Referencias

- Dagognet, F. (1989). *Elogio del objeto. Por una filosofía de la mercancía*. Traducción: Alfonso Paláu (Medellín: Universidad Nacional de Colombia). París: Vrin.
- Dagognet, F. (1995). *La invención de nuestro mundo. La industria: ¿por qué y cómo?* Traducción: Luis Alfonso Paláu (Medellín: Universidad Nacional de Colombia). París: Encre Marine.
- Dagognet, F. (1997). *Detrius, Desechos, Lo Abyecto. Una filosofía ecológica*. Traducción: Luis Alfonso Paláu (Medellín: Universidad Nacional de Colombia). París: Le Plessis-Robinson: Institut Synthélabo pour le progres de la connaissance.
- Leroi-Gourhan, A. (2001). *El hilo del tiempo*. Traducción: Marta Cecilia Gómez. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.
- Valéry, P. (1990). *Teoría poética y estética*. Madrid: Visor.